



Jeff VanderMeer

Aceptación



DESTINO

Trilogía Southern Reach 3

Aceptación

TRILOGÍA
SOUTHERN REACH III

Jeff
VanderMeer

Traducción
de Maia Figueroa Evans

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1306

Título original: *Acceptance*

© VanderMeer Creative, Inc., 2014

Publicado de acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, LLC, Nueva York

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2014

ISBN: 978-84-233-4860-2

Depósito legal: B. 21.428-2014

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación

a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

0001: El farero

He puesto a punto el mecanismo de la lente y la he limpiado. He arreglado la tubería del jardín. He reparado un pequeño desperfecto de la puerta. He ordenado las herramientas y las palas de la caseta. Visita de la Brigada de Ciencia y Espiritismo. Necesito hacerme con pintura para las marcas diurnas del faro; la pintura negra del lado del mar se ha erosionado. También necesito clavos y comprobar el funcionamiento de la sirena del oeste. He visto pelícanos, pollas de agua, una especie de curruca, mirlos para aburrir, correlimos, un charrán real, un águila pescadora, varios carpinteros, cormoranes, azulejos, una serpiente de cascabel pigmea (junto a la valla, no olvidar), un par de conejos, un ciervo de cola blanca y, al amanecer, en el sendero, muchos armadillos.

Esa mañana de invierno, el viento frío se colaba por el cuello del abrigo de Saul Evans, que recorría el fastidioso camino hacia el faro. La noche anterior hubo tormenta y, a su izquierda, bajo el azul mate del cielo, el océano se veía gris y revuelto entre los tallos de avena de mar que mecía la brisa. La marea había arrastrado hasta la playa varios troncos, botellas, boyas descoloridas y el cadáver de un tiburón martillo enredado en jirones de algas. Pero ni el pueblo ni el faro habían sufrido daños.

A sus pies, las zarzas y el gris espeso de los cardos que en primavera y verano florecerían de color violeta. A su derecha, los estanques se oscurecían con el murmullo quejumbroso de los somormujos y los porrones coronados, mientras los mirlos doblaban las ramas más finas de los árboles con su peso, salían volando espantados a su paso y volvían a reunirse en grupos escandalosos. El fresco olor a salitre tenía un matiz de carbón: un olor a quemado que venía de algún hogar cercano o de alguna fogata sin apagar.

Cuando conoció a Charlie, Saul llevaba cuatro años viviendo en el faro y este aún era su hogar, pero había pasado la noche con él en su casita del pueblo, a menos de un kilómetro de distancia de allí. Era una novedad que no habían acordado de palabra, sino que Charlie tiró de él para que volviera a meterse en la cama en el momento en que se levantaba para vestirse y marcharse. Un cambio bien recibido que le hizo esbozar una media sonrisa tímida.

Charlie apenas se había movido cuando Saul se levantó, se vistió y preparó unos huevos para desa-

yunar. Le sirvió una ración generosa con un trozo de naranja y la tapó con un bol para mantenerla caliente; junto a la tostadora, con el pan preparado dentro, dejó una nota. Antes de salir, se volvió para contemplar al hombre que estaba tendido tranquilamente en la cama, medio cuerpo bajo las sábanas, el otro medio al descubierto. A pesar de rondar los cuarenta, Charlie tenía el torso magro y musculoso, los hombros fuertes y las piernas robustas de un hombre que ha pasado la mayor parte de su vida adulta recogiendo redes, y el vientre liso de los que no pasan las noches bebiendo.

El suave clic de la puerta, y en cuanto dio unos pasos se puso a silbarle a la mañana como un tonto, dando gracias al Dios que al fin y al cabo lo había hecho un hombre tan afortunado, aunque con retraso y de forma tan inesperada. Hay cosas que se demoran, pero más vale tarde que nunca.

El faro no tardó en aparecer, alto y sólido en el horizonte. De día guiaba a los barcos por los bajíos, pero la mitad del tiempo funcionaba también de noche, coincidiendo con los horarios de las rutas comerciales que pasaban mar adentro. Conocía todos y cada uno de los peldaños de la escalera, hasta el último rincón que albergaban aquellos muros de piedra y ladrillo, y no se le escapaba ni una sola grieta ni su relleno de masilla. La espectacular lente de cuatro toneladas de la cima, la lámpara, tenía un ritmo lumínico único, y Saul disponía de cientos de maneras de ajustar la luz. Era una lente de primer orden de más de cien años de antigüedad.

Siendo predicador creía haber conocido cierta paz, un llamamiento, pero no fue hasta aquel exilio que él mismo se había impuesto y que lo obligó a dejarlo todo atrás que Saul encontró lo que buscaba. Le costó más de un año entender el porqué: predicar implicaba proyectarse hacia el exterior, imponerse al mundo, y que después este se proyectara sobre él. Pero ocuparse del faro era una forma de mirar hacia su interior y le resultaba menos arrogante. Allí solo llevaba a cabo tareas prácticas, lo que había aprendido de su predecesor: a mantener la lente, el funcionamiento preciso del ventilador y del panel de acceso a la lámpara, a cuidar del terreno circundante, a reparar todo lo que se rompía o estropeaba. Infinidad de quehaceres diarios. Completaba con gusto todos los pasos de su rutina, y se alegraba de que no le quedara tiempo para pensar en el pasado. Y de vez en cuando tampoco le molestaba tener que trabajar más horas de lo habitual, sobre todo cuando aún sentía el rescoldo del abrazo de Charlie.

Sin embargo, esas brasas moribundas acabaron de enfriarse al ver lo que le esperaba en el aparcamiento de grava, dentro del perímetro de valla impecablemente blanca que rodeaba la parcela del faro. Allí estaba la ya familiar y destartada camioneta, y junto a ella los dos reclutas habituales de la Brigada de Ciencia y Espiritismo. Habían vuelto a aparecer sin avisar para estropearle el humor, y ya tenían el equipo amontonado en el suelo junto al vehículo. No cabía duda de que estaban ansiosos por ponerse

manos a la obra. Los saludó con desgana desde la distancia.

Se habían convertido en una presencia constante, haciendo mediciones constantemente y tomando fotografías, dictando frases a esos enormes magnetófonos que llevaban consigo a todas partes, jugando a los videoaficionados. Pretendían encontrar... ¿Qué era lo que querían averiguar? Él conocía la historia de aquella costa, sabía que allí la distancia y el silencio realizaban lo mundano. En aquellos espacios, entre la niebla y la línea de la playa, los pensamientos podían empaparse del ambiente fantasmagórico y tejer una historia de la nada.

Saul, que los consideraba cansinos y cada día más predecibles, no se afanó por llegar. Viajaban siempre en parejas para conjugar ciencia y espiritismo. En ocasiones elucubraba sobre sus conversaciones: en lo contradictorias que debían de ser, como las discusiones que él solía tener consigo mismo hacia el final de su período como predicador. Las últimas veces había acudido siempre la misma pareja: un hombre y una mujer que estaban más cerca de los veinte que de los treinta. Parecían meros adolescentes, dos chavales huidos de casa con un juego de química y una güija en ristre.

Henry y Suzanne. Saul había asumido que, de los dos, la mujer era la supersticiosa, pero resultó ser la científica —¿de qué ciencia?—, y el hombre, el investigador paranormal. Henry tenía un ligero acento de algún lugar que Saul no lograba identificar y que daba un matiz enfático y autoritario a todo lo que de-

cía. Era un joven rechoncho de ojos claros, tan barbilampiño como barbudo era Saul. Tenía ojeras y el pelo cortado como con bacinilla, y el flequillo ocultaba una frente pálida e inusualmente grande. No parecían importarle las cosas de este mundo ni las inclemencias del invierno, pues siempre iba vestido con alguna delicada camisa de seda azul y pantalones de vestir. Sus lustrosas botas negras con cremallera en los laterales no estaban hechas para los caminos, sino para las calles de la ciudad.

Suzanne más bien parecía lo que la gente llama una *hippie*, pero cuando Saul era joven la hubiesen llamado «comunista» o «bohemia». Era rubia, vestía una blusa blanca bordada y una falda de ante marrón que le llegaba por debajo de la rodilla. Unas botas de media caña de color castaño completaban el uniforme. De vez en cuando aparecía alguna como ella en su parroquia: perdida, viviendo en su propia fantasía, esperando a que algo le diera la chispa de la vida. Su delicada constitución la hacía parecer más gemela de Henry.

Ninguno de los dos le había dicho su apellido, aunque uno, no recordaba cuál, había mencionado algo que sonaba a «Buenerro» y que no tenía sentido. La verdad es que Saul no quería amistad con ellos y se había acostumbrado a llamarlos «la Brigadilla» a sus espaldas, pues los consideraba una institución de poca monta.

Cuando llegó hasta donde estaban, Saul saludó con un gesto de la cabeza y un hosco «hola», y, como de costumbre, ellos se comportaron igual que si él

fuera el tendero del pueblo y el faro, un negocio abierto al público. Si los gemelos no hubiesen tenido un permiso del servicio de parques, les habría dado con la puerta en las narices.

—Saul, no pareces muy contento, con el buen día que hace —dijo Henry.

—Saul, hace un día precioso —añadió Suzanne.

Asintió con algo de esfuerzo y les ofreció una sonrisa avinagrada que les provocó sendos ataques de risa. Saul no hizo caso.

Pero ellos siguieron hablando mientras abría la puerta. Siempre querían hablar con él, a pesar de que Saul prefería que se centrasen en lo suyo. En aquella ocasión se trataba de algo llamado *desdoblamiento necromántico*, que, según él alcanzaba a entender, tenía algo que ver con construir una sala de espejos y oscuridad. Eran palabras extrañas, y escogió no hacer caso de las explicaciones, pues no le parecía que tuvieran relación alguna con la lámpara del faro ni con su vida en aquel lugar.

Allí la gente no era ignorante pero sí supersticiosa y, puesto que el mar se cobraba vidas, ¿quién iba a tenérselo en cuenta? ¿Qué mal podía hacer un amuleto colgado de una cadena o decir unas palabras a modo de plegaria para mantener a salvo a un ser querido? Que unos metomentodo intentasen comprender la situación, intentasen «analizar y estudiar», tal como lo había expresado Suzanne, disgustaba a la gente, porque trivializaba las desgracias que estaban por ocurrir. Pero como a las gaviotas, molestas ratas celestes, después de un tiempo uno se

acostumbraba a la Brigadilla y en los días más aburridos casi había aprendido a no molestarse por tener compañía. «¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo?»

—Henry cree que la lámpara podría funcionar como una de esas habitaciones —anunció Suzanne como si se tratase de un descubrimiento importante o asombroso.

Su entusiasmo le parecía auténtico y serio, aunque también frívolo y como de aficionado. A veces le recordaban a los predicadores ambulantes que plantaban la carpa en las afueras de las pequeñas ciudades y contaban con el fervor de su fe, pero poco más. Otras se convencía de que no eran sino charlatanes; cuando los conoció, Saul creyó oírle decir a Henry que estaban estudiando la refracción de la luz en una prisión.

—¿Te suenan estas teorías? —preguntó Suzanne ya en la escalera.

Iba adornada con una cámara al cuello y una maleta en la mano. Henry, que no decía nada, intentaba disimular que se había quedado sin aliento. Se peleaba con el arsenal de equipamiento pesado que llevaba colgado y en cajas: micrófonos, auriculares, sensores de luz ultravioleta, película de 8 mm y un par de máquinas con diales, válvulas y demás indicadores.

—No —dijo Saul, más que nada para llevarles la contraria.

Porque a menudo Suzanne lo trataba como si

fuera un inculto; confundía su brusquedad con ignorancia y tomaba su sencillez en la vestimenta por simpleza. Además, cuanto menos dijese, más relajados parecían. Cuando era predicador ocurría lo mismo con los potenciales donantes. Y lo cierto era que no sabía de qué hablaba ella, igual que no sabía a qué se refería Henry cuando le advirtió que estaban estudiando el «teyor» o «terror» de la región, a pesar de que se lo había deletreado: t-e-r-r-o-i-r.

—Partículas prebióticas. —Henry consiguió hablar en un tono jovial, aunque le faltaba el resuello—. Energía espectral.

Mientras Suzanne apoyaba esa explicación con una presentación un poco larga sobre espejos y sobre las cosas que pueden observarte desde su interior, sobre cómo se puede mirar algo de costado y aprender más sobre su naturaleza que cuando se observa de frente, Saul se preguntó si los dos jóvenes eran amantes. Si el repentino entusiasmo que ella mostraba por la vertiente espiritista de la Brigada no tendría un origen más prosaico, lo que también explicaría las risitas que había escuchado un momento antes. Un pensamiento malicioso, pero al fin y al cabo le habían impedido regodearse en el recuerdo de la noche con Charlie.

—Os espero arriba —dijo al final, harto de ellos.

Subió los escalones de dos en dos mientras Henry y Suzanne forcejeaban con el equipo y pronto desaparecieron de su vista. Quería estar a solas en la sala de la linterna el mayor tiempo posible. El Gobierno lo obligaría a retirarse a los cincuenta, pero para en-

tonces pensaba seguir tan en forma como actualmente. A pesar de las punzadas de las articulaciones.

Llegó arriba sin que se le resintiese la respiración y se alegró de encontrar la linterna tal y como la había dejado, con la funda echada sobre la lente para evitar que se rayase o la luz del sol la descolorase. Abrió las cortinas que rodeaban la estancia para dejar que entrase la claridad. Solo en eso claudicaba ante Henry, durante unas horas al día.

En una ocasión, desde allí arriba vio algo enorme surcando las aguas más allá de los bancos de arena, una especie de sombra de un gris tan oscuro e intenso que se convertía en una forma densa y tersa en contraste con el azul del mar. Ni siquiera con prismáticos pudo distinguir de qué criatura se trataba ni en qué mutaría si la contemplaba durante el tiempo suficiente. No supo si al final se disgregó en cientos de formas independientes o en un banco de peces, ni si el color del agua o la intensidad de la luz cambiaron y la hicieron desaparecer; si la delataron como una mera ilusión. En esa tensión entre lo que sabía y lo que no podía averiguar del mundo, se sentía mucho más cómodo de lo que se habría sentido cinco años antes. Ya no necesitaba más misterios que instantes como aquel, en que el mundo parecía tan milagroso como en sus antiguos sermones. Y era una historia que podía contar en el bar del pueblo, el tipo de anécdota que se esperaba del farero, si es que alguien esperaba algo de él.

—Por eso nos interesa tanto: por el camino que recorrió la lente hasta llegar aquí y la relación que

guarda con la historia de los dos faros —decía Suzanne a su espalda.

En su ausencia había seguido hablando con él y al parecer estaba convencida de que Saul había participado en la conversación. Detrás de ella, Henry se hallaba al borde del colapso, a pesar de que subir aquella escalera se había convertido en algo habitual. Cuando dejó los bártulos y recuperó el resuello, dijo:

—Qué vistas tan maravillosas.

Siempre lo decía, y Saul ya no se molestaba en responder ni con educación ni de ningún otro modo.

—¿Para cuánto tiempo habéis venido esta vez? —preguntó.

Aquel último período ya estaba durando dos semanas y no había querido preguntar antes por miedo a lo que pudieran contestar.

Henry entornó los ojos y sus ojeras cambiaron de forma.

—Esta vez tenemos permiso hasta finales de año.

Un viejo accidente o un defecto de nacimiento le hacía volver la cabeza hacia la derecha, sobre todo cuando hablaba, así que la oreja prácticamente le rozaba el hombro inclinado. Le daba un aspecto mecánico.

—Os recuerdo que podéis tocar la lente, pero no podéis interferir con el funcionamiento.

Saul les repetía el aviso todos los días desde que habían vuelto, porque en visitas anteriores más de una vez se habían tomado demasiadas libertades.

—Relájate, Saul —dijo Suzanne.

Que se atreviera a llamarlo por el nombre de pila

le hizo rechinar los dientes. Al principio lo llamaban señor Evans, y el farero lo prefería.

Al instalarlos sobre la alfombra sintió mucho más que un mero placer infantil: debajo se encontraba la trampilla de acceso a la cámara de servicio que en su día alojaba el material necesario para la llama, antes de que llegase la automatización. Ocultarles aquella estancia era como impedir que entrasen a hacer experimentos en un compartimento secreto de su mente. Además, si aquel par fuesen tan observadores como se creían, se habrían dado cuenta de que ese estrechamiento pronunciado de la escalera al llegar al último tramo significaba algo.

Cuando estuvo más o menos seguro de que estaban instalados y de que no iban a romper o estropear nada, se despidió inclinando la cabeza y se marchó. A mitad de la escalera creyó oír que algo se rompía, pero el ruido no se repitió. Vaciló unos momentos y al final se encogió de hombros y siguió hasta el final de la escalera de caracol.

Abajo, Saul se entretuvo cuidando de las instalaciones y ordenando las herramientas en la caseta, que estaba hecha un desastre. Más de un senderista que pasaba por allí se había sorprendido al ver al farero trajinando por las inmediaciones de la torre, como si fuera un cangrejo ermitaño sin caparazón; pero lo cierto es que el lugar requería mucho mantenimiento porque, si se despistaba, las tormentas y el salitre podían erosionarlo todo.